

BORJA VILASECA



**QUÉ HARÍAS
SI NO
TUVIERAS
MIEDO**

El valor de reinventarse profesionalmente

Qué harías si no tuvieras miedo

Qué harías si no tuvieras miedo

El valor de reinventarse profesionalmente

BORJA VILASECA

Índice

ESTE LIBRO ES UN EXPERIMENTO	13
¿Hasta cuándo vas a posponer lo inevitable?	14
No seas el último en enterarte	15
No te creas ni una sola palabra	17

PRIMERA PARTE

UNA CULTURA ORIENTADA AL TENER

I. El mundo es un negocio.	25
1. Del trueque al lingote de oro	26
2. La letra pequeña de la deuda	31
3. El imperio clandestino	35
4. Totalitarismo económico	40
II. El fin de la Era Industrial.	47
5. De la caverna a la oficina	48
6. Víctimas del sistema educativo.	52
7. ¿Para quién trabajamos?	57
8. El culto al dinero	62
III. La empresa inconsciente	67
9. Domingos melancólicos	69
10. La tiranía de los resultados.	74
11. El lado oscuro del jefe	77
12. El despido interior	81

SEGUNDA PARTE

UNA CULTURA ORIENTADA AL CAMBIO

IV. El miedo a la libertad	89
13. La función de la crisis económica	91
14. Acomodados en la queja	96
15. Más allá de la indignación	99
16. Emancipación ciudadana	104
V. Estadios evolutivos profesionales	109
17. ¿Seguridad o libertad financiera?	111
18. Los cuatro niveles de actitud	117
19. La hora del hemisferio derecho	122
20. De la felicidad al bien común	127

TERCERA PARTE

UNA CULTURA ORIENTADA AL SER

VI. La Era del Conocimiento	137
21. El amanecer de una nueva era	139
22. Las nuevas reglas de juego	143
23. La educación emocional	146
24. La inteligencia financiera	151
25. El viaje del emprendedor	157
VII. La empresa consciente	163
26. Un nuevo lunes	165
27. La cultura de la responsabilidad	169
28. El valor de la confianza	172
29. La apuesta por el talento	181
VIII. La economía del decrecimiento	183
30. Los límites del crecimiento	185
31. ¿Un mundo sin petróleo?	189
32. El desafío de la sostenibilidad	194
33. La sociedad posmaterialista	199
IX. Epílogo	205
34. Recuerda que algún día vas a morir	207
35. ¿Qué harías si no tuvieras miedo?	209
AGRADECIMIENTOS	211
NOTAS	213

*A Irene, por escogerme como compañero de viaje.
A tu lado estoy aprendiendo a vencer mis miedos.*

La libertad conlleva responsabilidad. Por eso a la
mayoría de personas les aterroriza.

GEORGE BERNARD SHAW

Este libro es un experimento

Procura que el niño que fuiste no se avergüence
nunca del adulto que eres.

ANTOINE DE SAINT-EXUPERY

Hace muchos años, en un país lejano, se empezó a construir el embalse de agua más grande del mundo. Los políticos y empresarios más poderosos se reunieron para definir un plan de acción que favoreciera sus intereses. Y su propia corrupción terminó corrompiendo los cimientos de aquel embalse.

A pesar de las protestas de los ingenieros, se invirtió casi todo el presupuesto en la imagen externa de la presa, y muy poco en sus cimientos ocultos. En un derroche de opulencia, algunas partes se decoraron con oro y diamantes. Además, se decidió acelerar el proceso de construcción. Esta gigantesca obra arquitectónica estuvo lista un año antes de lo previsto. Lo importante era quedar bien para la foto, pues era una magnífica oportunidad para impresionar al mundo entero. El día de la inauguración se convirtió en portada de cientos de periódicos e informativos.

Años más tarde, durante una intensa tormenta, apareció una minúscula grieta en el centro del embalse. Semanas después, una gota se asomó por aquella fisura. Y tras solo unos días, se produjo una

pequeña fuga. Segundo a segundo, la piedra comenzó a erosionarse, destruyendo lentamente la estructura de la presa. Así fue como el agua empezó a salir a chorros. Porciones de presa de casi 20 metros comenzaron a saltar por los aires, estallando en mil pedazos. Finalmente el embalse se desmoronó. El agua arrasó todo lo que encontró a su paso.

La presa desapareció en cuestión de minutos. Sin embargo, la pequeña grieta se había ido formando desde el día en que comenzaron las obras del embalse. Y ésta fue la causante de su propia autodestrucción. El sistema era inherentemente defectuoso. Los cimientos estaban mal asentados. Curiosamente, políticos y empresarios consiguieron su objetivo, aunque no de la manera esperada: el colapso de la presa sería recordado para siempre.

¿Hasta cuándo vas a posponer lo inevitable?

Este libro es un experimento. Tiene una finalidad muy concreta. Pretende remover los cimientos sobre los que has construido —*ladrillo a ladrillo*— tu forma de relacionarte contigo mismo y con el mundo. No importa lo asentado y endurecido que esté el cemento. Las palabras que componen este ensayo aspiran a convertirse en el *mazo* que te ayude a expandir la grieta que hay en tu conciencia.

Lo que has venido pensando y creyendo acerca del dinero, el trabajo, el consumo, el Estado, las empresas y el sistema ha determinado, en gran medida, el lugar que ahora mismo ocupas en el actual escenario laboral. Es cierto que no elegiste tu lugar de nacimiento. Ni las oportunidades que te ofreció tu entorno social y familiar. Tampoco pudiste hacer mucho para evitar que tu mente fuera condicionada cuando todavía eras un niño indefenso e inocente. Al igual que al resto de nosotros, te educaron para ser un empleado obediente, un contribuyente pasivo y un consumidor voraz. Es decir, para ganar y gastar dinero de una determinada manera, perpetuando así el funcionamiento económico del sistema.

Sin embargo, por más que hayas seguido al pie de la letra el estilo de vida marcado por la sociedad, llevas años tomando tus propias decisiones. Acertadas o equivocadas, han sido las que en cada momento consideraste más oportunas. Y son precisamente tus elecciones las responsables de los resultados que has estado obteniendo a lo largo de tu vida. La mala noticia es que victimizarte, indignarte y culpar a *algo* o a *alguien* externo a ti no va a servirte para nada, salvo para aliviar —temporalmente— la impotencia y la frustración que sientes en tu interior. La buena noticia es que si asumes que eres el principal co-creador de tus circunstancias socioeconómicas, estás preparado para comenzar a reinventarlas, aprendiendo a reinventarte a *ti* mismo primero.

No se trata de que dejes tu trabajo. Ni de que curses otro máster. Al menos, no todavía. De lo que se trata es de que tomes las riendas de tu vida. O dicho de otra manera: que asumas tu responsabilidad personal, haciéndote cargo de ti mismo, emocional y económicamente. Al fin y al cabo, es tu propio *proyecto arquitectónico* el que está en juego. Tú eres el político y el empresario. Y también el ingeniero. Tú decides cuánto quieres invertir en la apariencia y cuánto en el fondo. Lo único que te separa de convertirte en el arquitecto de tu propia vida es el miedo a la libertad.

¿A qué estás esperando? Encuentra tu propia voz.
Cuanto más tardes en empezar a buscarla,
más difícil te será encontrarla.

WALT WHITMAN

No seas el último en enterarte

Este libro no está basado en creencias ni en opiniones. No tiene ninguna ideología ni ningún dogma que proponerte. Más bien es un trabajo periodístico. Algunos capítulos están basados en artículos y reportajes publicados en el suplemento económico

Negocios y en *El País Semanal*, ambos del diario *El País*. Durante los últimos siete años, mi labor profesional ha consistido en escribir acerca de por qué nuestra existencia es como es en estos momentos de la historia, promoviendo reflexiones que nos permitan afrontar nuestras actuales circunstancias desde la responsabilidad personal.

Esta investigación me llevó a indagar acerca de la estrecha relación que existe entre los seres humanos, las empresas y el sistema. Tuve la oportunidad de entrevistar a expertos mundiales en *management* como Steven Covey, Fredy Kofman, Eduard de Bono o Ken Blanchard. De entrar en muchas escuelas de negocios, institutos de formación y consultoras de recursos humanos. De hablar con decenas de economistas, sociólogos y psicólogos. Y también de conocer el despacho de más de 1.500 directivos de más de 400 empresas, entre ellas casi todas las que figuran en el Ibex-35. Por el camino descubrí el lado oscuro del sistema educativo, político, empresarial y financiero sobre el que se asienta nuestra vida, así como su reflejo: el lado oscuro de la condición humana.

Sin embargo, en este libro no encontrarás juicios morales. No tiene la intención de señalar lo que está bien o lo que está mal. No te va a decir lo que debería o no suceder. ¡Ni mucho menos lo que tienes que hacer! Tampoco va a desvelarte ninguna teoría de la conspiración. Ni a mostrarte una serie de nombres a quienes poder culpar de todo lo que no te gusta en tu vida. Más allá de darte estímulos para que te indignes, las palabras que siguen pretenden inspirarte para que crezcas en comprensión.

Seguramente ya lo has comprobado. El mundo para el que fuiste educado ya no existe. Tal vez te creíste aquello de que estudiar una carrera universitaria bastaba para conseguir un empleo seguro. O que un empleo seguro te garantizaba una pensión para no tener que preocuparte de tu jubilación. Y tiene sentido: estas afirmaciones fueron ciertas en su día. Pero ya no lo son. Las reglas del juego laboral y económico han cambiado y seguirán cambiando,

cada vez más rápido. Y a menos que las comprendas y las interiorices, puede que seas el siguiente en perder la partida.

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas,
de pronto, cambiaron todas las preguntas.

MARIO BENEDETTI

No te creas ni una sola palabra

Cuando un agricultor quiere obtener un tipo de fruto, echa en la tierra la semilla correspondiente. Del mismo modo, si anhelas un determinado *fruto* en tu vida, es imprescindible que plantes la *semilla* adecuada. En este caso, la *semilla* es tu pensamiento, y la *tierra*, tu mente. Este libro pretende compartir contigo información nueva con la que poder sembrar nuevos pensamientos y —como consecuencia— cosechar nuevos resultados que sean mucho más satisfactorios.

Eso sí, es importante que no te creas nada de lo que leas en este ensayo. Ni una sola palabra. Ya nos han vendido demasiadas creencias acerca de cómo vivir la vida. Por el contrario, te invito —como lector— a que adoptes la actitud de un periodista de investigación. Cuestiona cada página que leas. No pretendo convencerte de nada. Es más, corrobora esta información con otras fuentes. Lo más importante es que verifiques a través de tu propia experiencia si las palabras que siguen contienen alguna utilidad para ti.

La estructura narrativa de este libro describe, a grandes rasgos, el proceso de cambio individual y transformación colectiva que estamos destinados a realizar los seres humanos para adaptarnos al nuevo escenario laboral y económico que se avecina. En la primera parte se analiza la «cultura orientada al tener». Básicamente, es una descripción del origen, el punto de máxima expansión y el proceso de decadencia de la denominada «Era

Industrial». Es decir, la época en la que se diseñaron las organizaciones empresariales y empezamos a vender nuestro tiempo a los dueños del capital —las familias ricas de por aquel entonces—, realizando trabajos mecánicos y rutinarios a cambio de un sueldo fijo. También se explican las necesidades y motivaciones puramente materialistas que han impulsado nuestro actual estilo de vida consumista, así como su impacto en el planeta que todos compartimos.

Es evidente que no podemos resolver nuestros conflictos existenciales desde el mismo nivel de comprensión en el que los co-creamos. De ahí que en la segunda parte del libro —una «cultura orientada al cambio»— se expongan algunas claves para cambiar de paradigma profesional y organizacional. Esto es, nuestra visión y actitud frente al trabajo y las empresas. Aunque no los veamos, nuestros límites mentales suelen obstaculizar nuestra capacidad para percibir nuevas posibilidades, soluciones y alternativas. Es decir, para poder mirar la realidad socioeconómica desde una perspectiva más amplia, permitiéndonos tomar decisiones que beneficien a todo el conjunto, y no solo a nosotros mismos.

La tercera parte del libro se centra en la «cultura orientada al ser». Y esta vendría a ser una exposición del nacimiento y la expansión de la denominada «Era del Conocimiento». El constante desarrollo de nuevas tecnologías ha transformado completamente nuestra forma de comunicarnos y relacionarnos. Al formar parte de un sistema económico cada día más globalizado, los empleos que puedan deslocalizarse a países como China —o simplemente automatizarse— están condenados a desaparecer. Por ello cada vez más profesionales —especialmente en Estados Unidos y Europa— estamos saliendo de nuestra zona de comodidad laboral para comenzar a reinventarnos.

La finalidad de explicar este proceso evolutivo es que descubras por ti mismo cuál es el camino que en estos momentos más te conviene seguir. Así, la transformación más radical, si se produce,

ha de producirse en tu conciencia. Es hora de escuchar al emprendedor que llevas dentro, de convertirte en tu principal referente. Si has seguido leyendo hasta aquí, recuerda que este libro es un experimento. Cuanto lo termines, sabrás exactamente por qué. Buen viaje.

El mundo necesita personas que amen lo que hacen.

MARTIN LUTHER KING

PRIMERA PARTE

Una cultura
orientada al tener

UNA CULTURA ORIENTADA AL TENER
Viejo paradigma

UNA CULTURA ORIENTADA AL CAMBIO
Cambio de paradigma

UNA CULTURA ORIENTADA AL SER
Nuevo paradigma

Era Industrial

Orientación al propio interés

Afán de lucro

Mentalidad de empleado

Se vende tiempo

Se obedecen órdenes

Se cumple con lo que se hace

Hemisferio izquierdo

Búsqueda reactiva de trabajo

Rutina mecánica

Seguridad financiera

Consumo materialista

Sistema económico lineal

La crisis de los cuarenta

Autoconocimiento

Responsabilidad personal

Emancipación emocional

Inteligencia financiera

Propósito y sentido

Era del Conocimiento

Orientación al bien común

Creación de riqueza

Actitud emprendedora

Se ofrece talento

Se proponen ideas

Se ama lo que se hace

Hemisferio derecho

Creación proactiva de la profesión

Vocación creativa

Libertad financiera

Consumo posmaterialista

Sistema económico cíclico

I

El mundo es un negocio

Hagámonos con el control de los suministros económicos del mundo y ya no nos importará quién lo gobierne.

MAYER AMSCHEL ROTHSCHILD

Un anciano empresario le regaló a su nieto el juego del Monopoly por su decimoctavo aniversario. Era verano y el joven disfrutaba de sus vacaciones antes de comenzar la carrera de Económicas. Era un chico ambicioso. Quería superar la fortuna acumulada por su abuelo. Por las tardes, los dos se sentaban junto al tablero y pasaban horas jugando. A pesar de la frustración de su nieto, el empresario seguía ganándole todas las partidas, pues conocía perfectamente las leyes que regían aquel juego.

Una mañana, el joven por fin comprendió que el Monopoly consistía en arruinar al contrincante y quedarse con todo. Y hacia el final del verano, ganó finalmente su primera partida. Tras quedarse con la última posesión de su mentor, se enorgulleció de ver al anciano derrotado. «Soy mejor que tú, abuelo. Ya no tienes nada que enseñarme», farfulló, acunando en sus brazos el botín acumulado.

Sonriente, el empresario le contestó: «Te felicito, has ganado la partida. Pero ahora devuelve todo lo que tienes en tus manos a la caja.

Todos esos billetes, casas y hoteles. Todos los ferrocarriles y compañías de servicios públicos. Todas esas propiedades y todo ese dinero... Ahora todo lo que has ganado vuelve a la caja del Monopoly». Al escuchar sus palabras, el joven perdió la compostura.

Y el abuelo, con un tono cariñoso, añadió: «Nada de esto fue realmente tuyo. Tan solo te emocionaste por un rato. Todas estas fichas estaban aquí mucho antes de que te sentaras a jugar, y seguirán ahí después de que te hayas ido. El juego de la vida es exactamente el mismo. Los jugadores vienen y se van. Interactúan en el mismo tablero en el que lo hacemos tú y yo. Pero recuerda: tu dinero, tu casa, tu coche, tu televisión... Nada de eso te pertenece. Todo lo que tienes. Todo lo que posees. Y todo lo que acumules. Tarde o temprano, todo lo que crees que es tuyo irá a parar nuevamente a la caja. Y te quedarás sin nada».

El joven escuchaba cada vez con más atención. Y al captar su interés, el anciano empresario compartió con él una última lección: «Te voy a decir lo que me hubiera gustado que alguien me hubiera dicho cuando tenía tu edad. Piénsalo con detenimiento. ¿Qué sucederá cuando consigas el ascenso profesional definitivo? ¿Cuando hayas comprado todo lo que deseas? ¿Cuando tengas suficiente seguridad financiera? ¿Cuando hayas subido la escalera del éxito hasta el peldaño más alto que puedas alcanzar? ¿Qué pasará cuando la excitación desaparezca? Y créeme, desaparecerá. Entonces, ¿qué? ¿Cuántos pasos tienes que caminar por esta senda antes de que veas a dónde conduce? Nada de lo que tengas va a ser nunca suficiente. Así que hazte a ti mismo una sola pregunta: ¿Qué es lo verdaderamente importante en la vida?».¹

1. Del trueque al lingote de oro

Los seres humanos hemos creado un sistema monetario en el que los miembros de nuestra especie estamos cada vez más interconectados. Cada día, desde que nos levantamos hasta que nos vamos a dormir,

realizamos millones de intercambios de bienes y servicios por todo el mundo. Dependemos unos de otros para sobrevivir. Y a lo largo de nuestra historia siempre ha sido así.

En las sociedades más primitivas, la manera más común de comerciar era el trueque. Es decir, el intercambio de una mercancía por otra que tuviera aproximadamente el mismo valor, como por ejemplo un kilo de fruta por un litro de leche. Obviamente, el trueque tiene sus limitaciones. Es lento y difícil, pues requiere de una doble coincidencia: hemos de encontrar a una persona que no solo necesite lo que nosotros tenemos, sino que además posea lo que nosotros queremos.²

Con la intención de facilitar y agilizar este tipo de transacciones, con el tiempo se produjo un invento revolucionario: el dinero. Este podría definirse como un medio de intercambio ligero, fácil de transportar y de almacenar, que se puede contar, que permite adquirir cualquier mercancía, y que conserva su valor una vez intercambiado, de manera que sirve para realizar nuevos intercambios en el futuro.

Sin embargo, mucho antes de simbolizarse a través de monedas y billetes, el dinero tomó muchas otras formas, como las conchas de mar, las plumas, el ámbar, el tabaco o la sal. En la antigua Roma, por ejemplo, esta sustancia salina se utilizaba para pagar los sueldos de los soldados. De ahí la palabra «salario». Era una mercancía muy codiciada, pues servía para conservar los alimentos, asegurando la supervivencia de la gente en periodos de escasez.³

Más adelante, los metales preciosos como el cobre, la plata o el oro se convirtieron en la forma de dinero más aceptada por la sociedad. Eso sí, para garantizar que un trozo de metal contuviera una cierta cantidad de oro o plata, el Estado comenzó a emitir certificados que avalaban el peso y la calidad de dichos metales. Al disponer de este nuevo medio de intercambio oficial, la complejidad de dichas transacciones se redujo notablemente. Una persona podía vender un kilo de frutas o comprar un litro de leche a cambio de una determinada cantidad de oro, desapareciendo así la necesidad de

la doble coincidencia que requería el trueque. También facilitó la posibilidad de ahorrar, pudiendo aplazar indefinidamente el consumo para adquirir nuevos productos y servicios.

Así fue como estos metales preciosos empezaron a resguardarse en las cajas fuertes de los fabricantes de oro. A cambio, los orfebres entregaban un «recibo monetario» a los depositantes, el cual les daba derecho a reclamar su oro más adelante. Estos papeles, al ser incluso más ligeros y prácticos que los metales, comenzaron a circular como medio de pago para la compra-venta de mercancías. La gente los aceptaba porque estaban respaldados por el oro depositado en las cajas fuertes de los orfebres, avalado, a su vez, por el Estado.⁴ Este acuerdo político, económico y social fue el germen que daría lugar a los primeros bancos de la historia.

EL NACIMIENTO DE LA BANCA MODERNA

El primer banco moderno fue fundado en 1406, en la ciudad italiana de Génova, desde donde fue extendiendo su modelo por toda Europa. Dado que en aquella época no todos los ciudadanos disponían de oro, los banqueros empezaron a conceder «préstamos». Es decir, a redactar, firmar y prestar papeles en los que anotaban la cantidad proporcionada, creando así una nueva forma de *dinero*. Fue entonces cuando los bancos pusieron en práctica un sistema de funcionamiento que les llevaría a gozar de cada vez más poder y control sobre las comunidades en la que operaban.

Por un lado, abonaban un tipo de interés por el oro que la gente depositaba en su caja fuerte. Así fomentaban el ahorro, aumentando año tras año su cartera de clientes y de capital. Y por el otro, cobraban un tipo de interés mayor a quienes prestaban dinero. La diferencia cubría los costes de gestión del banquero, dando lugar un nuevo concepto llamado «beneficio». Y al hacer de puente entre quienes podían permitirse ahorrar y aquellos que necesitaban urgentemente dinero, nació el denominado «papel-moneda».⁵ Esto es,

los billetes tal y como hoy los conocemos. En Europa, los primeros billetes aparecieron en Suecia en 1661. Debido a la comodidad que presentaban frente a las pesadas bolsas de monedas, enseguida fueron extendiéndose por el resto de países europeos.

En paralelo, a lo largo del siglo XVII se produjo una gran demanda de crédito para financiar la expansión europea hacia América. Tanto es así, que los bancos no pudieron prestar todo el dinero que les solicitaban. Principalmente porque no almacenaban suficiente oro para respaldar dichos préstamos. Fue entonces cuando estas entidades financieras modificaron nuevamente su sistema de funcionamiento. Los banqueros sabían que era muy poco probable que todos sus clientes retiraran su oro al mismo tiempo. De ahí que optasen por prestar más capital del que almacenaban dentro de sus cajas fuertes. Para mantener la confianza en este sistema, tan solo se necesitaba que los clientes siguieran creyendo que el banco iba a devolverles su oro cada vez que lo reclamaran, independientemente de que esto fuera cierto o no.⁶

En vez de prohibir que estas entidades financieras prestaran más dinero del que en realidad poseían, esta práctica fue legalizada y regulada por el Estado. Con el tiempo aparecieron los bancos centrales, que avalaban la posible quiebra de alguno de sus bancos privados. Su función consistía en proporcionar nuevas reservas de oro a aquellas filiales comerciales que se hubieran quedado sin existencias. Estas, a su vez, se encargaban de conceder créditos y dar préstamos a personas, familias y empresas. Y como consecuencia, el uso del dinero —a través de billetes y monedas emitidos por el Estado— empezó a democratizarse, convirtiéndose en la energía impulsora del *progreso* de la sociedad.

De esta manera, el comercio fue acelerándose, sofisticándose y expandiéndose, desarrollando una forma de intercambio y de cooperación humana denominada «mercado». Es decir, el escenario donde la oferta (los que ofrecemos *algo*) y la demanda (los que necesitamos o queremos *algo*) negociamos, compramos y vendemos para obtener ese *algo*. En esencia, el mercado es el lugar donde interactuamos

con la finalidad de mejorar —de alguna manera u otra— nuestra calidad de vida.

EL LEGADO DE ADAM SMITH

Fue entonces cuando, a finales del siglo XVIII, el economista y filósofo escocés Adam Smith publicó un libro que marcaría para siempre el devenir de nuestro sistema económico: *La riqueza de las naciones*, considerado «el primer tratado moderno de economía». En esencia, Smith sostenía que los individuos nos comportamos de forma racional con respecto a nuestra forma de ganar y de gastar dinero, provocando que el mercado actúe como una «mano invisible» que maximiza el bienestar de la sociedad. Es decir, el *mecanismo* que hace que cada uno de nosotros, buscando saciar nuestras necesidades, deseos y expectativas, tomemos decisiones y acciones que beneficien económica y financieramente al sistema en su conjunto. Smith solía poner como ejemplo que cuando el panadero se levanta a las cinco de la mañana para hacer el pan, no lo hace para beneficiar a los vecinos, sino a sí mismo y a su familia. Pero al mismo tiempo, este motivo egoísta también produce un bien para la sociedad.

Cabe señalar que entre finales del siglo XIX y principios del XX, este mercado comenzó a operar a gran escala. Y poco a poco, todo el dinero empezó a circular por un sistema monetario global basado en el «patrón oro». Durante esa época, las monedas y los billetes utilizados estaban respaldados —únicamente— por las reservas de este metal que los diferentes bancos centrales del mundo almacenaban en sus cajas fuertes.

En 1944, y por medio de los acuerdos de Bretton Woods, los vencedores de la Segunda Guerra Mundial crearon el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, organismos que hoy en día siguen regulando las relaciones financieras mundiales. También establecieron que las divisas de Estados Unidos (el dólar) y de Gran Bretaña (la libra esterlina) se convirtieran —oficialmente— en las nuevas

«monedas internacionales». A partir de aquel momento, el resto de países debían acudir a algunas de estas dos naciones para cambiar sus «divisas extranjeras» por dólares y libras esterlinas, respectivamente. Solo por medio de estas monedas oficiales los Estados podían obtener nuevas reservas de oro con las que seguir expandiendo sus economías. Cada lingote de oro se cambiaba a razón de 35 dólares la onza.⁷

Entre 1944 y 1971, este sistema monetario internacional permitió que muchos países se industrializaran, especialmente los que gozaban de un mayor poder financiero. Más allá de las repercusiones económicas generadas sobre el resto de la comunidad internacional, estas naciones se refieren a esta etapa de la historia como «la Edad de oro».

Un banquero es un señor que nos presta un paraguas
cuando hace sol y nos lo exige cuando empieza a llover.

MARK TWAIN

2. La letra pequeña de la deuda

En 1971, el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, revolucionó las reglas del juego económico y financiero global. Ese año el dinero dejó de ser un derivado del oro para convertirse en un derivado de la deuda. Hasta 1971, las reservas de este metal en las arcas de los bancos centrales posibilitaban la fabricación y el uso de monedas y billetes. A partir de entonces, lo único que respalda el dinero que utilizamos es la confianza —o fiducia— en los gobiernos que avalan a los bancos centrales, y en la promesa de que tarde o temprano los ciudadanos devolveremos la deuda acumulada entre todos.

Solo dos años más tarde, el resto de gobiernos y bancos internacionales siguieron la misma senda. En 1973 el mundo abandonó definitivamente el patrón oro y empezó a emplear el «patrón-deuda». Esta es la razón por la que el dinero actual se denomina

«dinero fiduciario». Así, la palabra «fiducia» procede de la raíz latina *fides*, que significa «confianza, fe o lealtad».

A pesar de que el sistema monetario tiene una enorme influencia en nuestras vidas, en general ignoramos cómo se crea el dinero, qué políticas rigen esta institución y qué impacto tienen sus decisiones en nuestro día a día. Una buena manera de comenzar es ir a su raíz contemporánea: el Banco Central de Estados Unidos, más conocido como la Reserva Federal (Fed). Este organismo privado fue fundado en 1913 por una élite de las familias más ricas del planeta, como los Rothschild, los Rockefeller, los Vanderbilt, los Astor, los Du Pont o los Guggenheim, todos ellos banqueros. Y eso que los padres fundadores de América y creadores de la Constitución norteamericana —George Washington, Thomas Jefferson y Benjamin Franklin— se opusieron fervientemente a que un banco privado controlara los suministros económicos de toda la nación.⁸

Tras vencer a todos sus opositores, la Fed sentó las bases de la *Mecánica moderna del dinero*, un documento que detalla el proceso de creación de capital en el actual «sistema bancario de reserva fraccionaria». En términos generales, establece que las entidades financieras puedan conceder créditos sin necesidad de disponer de dicha cantidad de dinero en sus cajas fuertes, más que nada porque tan solo mantienen una reserva fraccionada acumulada en sus cámaras acorazadas. Este sistema bancario se sostiene bajo la misma premisa que establecieron los orfebres con el oro: la creencia de que manteniendo en las arcas del banco un 10 % de los depósitos e ingresos que se reciben como reserva, siempre se tendrá suficiente dinero en efectivo para atender las reclamaciones de los clientes.

Así, cada vez que realizamos un depósito o nos conceden un préstamo de, digamos, 1.000 euros, el banco puede emitir nuevos créditos por un valor de 900 euros. Y dado que este proceso se repite sistemáticamente, de los 1.000 euros iniciales, el banco termina prestando nueve veces la cantidad original: 9.000 euros. Así es como, por medio del patrón-deuda, los bancos centrales del mundo tienen la capacidad de producir dinero de la nada.

Al legalizar e incentivar que el dinero creado por arte de magia pudiera expandirse indefinidamente, la Fed ha posibilitado que Estados Unidos, Europa y Japón hayan alcanzado un desarrollo material sin precedentes. Eso sí, la visión excesivamente cortoplacista de los arquitectos que diseñaron este sistema monetario les hizo pasar por alto un defecto de base: su propia insostenibilidad. No en vano, todas estas artimañas financieras son posibles porque el dinero creado erosiona el valor del que ya hay en circulación.

Dado que este nuevo capital no se corresponde con un aumento proporcional de la demanda de bienes y servicios, los precios suben, restándole poder adquisitivo a cada euro. Es decir, que ganando lo mismo a finales de cada mes, somos más pobres. A este fenómeno se le conoce como «inflación», un problema de difícil solución y cuyo impacto suele perjudicar a los bolsillos de los menos favorecidos. Además, si guardamos nuestros ahorros en casa, su valor se reduce más que si los depositamos en un banco con un tipo fijo de interés. Eso sí, al hacer el depósito, posibilitamos que la entidad financiera emplee el 90 % de dicha cantidad para conceder nuevos créditos.

EL DINERO ES DEUDA

El colmo de este castillo de naipes financiero es que cada vez que tomamos dinero prestado de un banco comercial, este crédito tiene que ser devuelto con la aplicación de un «interés». Por ejemplo, en el caso de que pidamos un préstamo de 1.000 euros y nos lo concedan con un interés del 5 %, al devolverlo íntegramente habremos pagado 50 euros de más. Así es como se cierra el ciclo del capital: primero se crea en algún banco central, que a su vez lo expande por su red de bancos comerciales. Desde ahí se mueve mediante el comercio por la sociedad —o a través de la especulación por otras redes virtuales financieras— y finalmente termina en la entidad de origen con su correspondiente interés.

Pero, si todo el dinero se toma prestado del banco central y se expande por otras entidades financieras por medio de nuevos créditos, ¿de dónde sale el capital necesario para cubrir todos los intereses que se cobran de dichos préstamos? De la Fed, que a su vez fija nuevos tipos de interés. Por esta razón, la cantidad de dinero que circula por nuestra sociedad es siempre inferior a la deuda que entre todos hemos cosechado. En España, por ejemplo, la diferencia entre los créditos concedidos y los depósitos que tenían las entidades financieras alcanzó en 2012 los 600.000 millones de euros.⁹

Por medio del sistema bancario de reserva fraccionaria, el dinero y la deuda se han convertido en las dos caras de una misma moneda. Cuanto mayor es el crecimiento económico de un país, más aumenta su deuda. Y como consecuencia, más billetes se han de imprimir para cubrir los intereses generados. Si todos pagáramos todo lo que debemos —algo que es materialmente imposible—, desaparecería el dinero moderno y se produciría el colapso de la economía. A través de este círculo vicioso, el mundo se ha convertido en un negocio que arrastra tras de sí una deuda imposible de saldar.

Dado que el dinero ya no proviene del oro, sino de la nada, los billetes que utilizamos no tienen ningún valor por sí mismos, tan solo el que nosotros decidimos darle. En realidad, los billetes que tenemos en nuestra cartera —o debajo de la cama— son simples trozos de papel con números, sellos y rostros oficiales. No se pueden comer. No proporcionan vitaminas ni calorías. Tampoco podemos echarlos en el depósito de la gasolina. Entonces, ¿qué es el dinero? Principalmente un símbolo. Una convención social plenamente aceptada.¹⁰

Y por si fuera poco, en el siglo XXI el dinero fiduciario ha mutado nuevamente, convirtiéndose en tarjetas de débito y crédito, así como en anotaciones electrónicas de cuentas bancarias virtuales. Es decir, que ya ni siquiera es algo tangible. Y tampoco está en nuestras manos, sino en la de los bancos, que operan como intermediarios entre nosotros y nuestro dinero. De hecho, se estima que menos

del 3 % del dinero que circula por el mundo existe físicamente, en forma de monedas y billetes.¹¹ La nueva moneda solo consta en la pantalla de los ordenadores. El avance del dinero virtual acabará coartando la última de las libertades que podemos ejercer con nuestro dinero: el derecho de llevárnoslo a casa.

Las instituciones bancarias son más peligrosas
que los ejércitos.

THOMAS JEFFERSON

3. El imperio clandestino

A lo largo de la historia se han creado muchos imperios y desmoronado muchas civilizaciones. Todos ellos expandieron su idioma, su cultura y su religión sobre aquellos a los que conquistaban, colonizaban y gobernaban. En paralelo, cada época ha tenido su propia institución dominante: la Iglesia, la monarquía, el ejército, el Estado... Es decir, organismos sociales, religiosos, militares y financieros que posibilitaban y perpetuaban la supremacía de dichos imperios.

Aunque hayan venido cambiando de forma, la lucha y el conflicto entre clases económicas sigue vigente en la actualidad. La diferencia es que hoy en día el imperialismo no es tan evidente. Está oculto. Principalmente porque el imperio y la institución dominante son la misma cosa: la Corporación. Pero ¿qué es una corporación? ¿Y cómo ha conseguido hacerse con el trono del reino?

Las corporaciones surgieron al comenzar la industrialización de los países más desarrollados, aproximadamente a partir de 1850. Al principio se trataba de un grupo de personas —más tarde denominados «capitalistas»— que quería invertir su propio dinero en la creación y ejecución de una empresa. Unidos por lealtades personales y confianza mutua, juntaban sus recursos para montar

negocios que ellos mismos dirigían y de los que eran propietarios. Para ello se constituían legalmente como una corporación. Y una vez que el Estado aprobaba sus estatutos —sus principios y normas de funcionamiento—, se creaba oficialmente una «persona jurídica». Y como tal, estaba protegida y amparada por la ley. Así es como las corporaciones se convirtieron en miembros activos y respetados de nuestra sociedad.¹²

En su origen, la finalidad de estas empresas era aportar un beneficio para la comunidad que de forma individual los ciudadanos no fueran capaces de proveerse a sí mismos. Y como resultado de su contribución —en forma de productos y servicios útiles—, las empresas obtenían ganancias económicas. Para lograr tal fin, adquirieron muchos de los derechos legales que tenemos los ciudadanos de a pie. De hecho, la legislación que ampara su existencia estipula que su principal objetivo es «la búsqueda de su propio interés», equiparando «el interés de la corporación» con «el interés del accionariado». Y no hace mención alguna a su responsabilidad sobre el interés público. En la jerga jurídica se denomina a este derecho «responsabilidad limitada».¹³ Curiosamente, a la hora de asumir responsabilidades por el impacto social y medioambiental que sus actividades generan, todo se vuelve mucho más difuso.

NADIE A QUIEN RESPONSABILIZAR

La corporación actual separa la propiedad de la administración. Por un lado están los accionistas (los dueños), que son los que aportan las ideas e invierten el capital. Y por el otro, el equipo directivo (los gestores), cuya función es dirigir y ejecutar los planes de la corporación. Según establece la ley, los accionistas quedan absueltos de antemano ante cualquier irregularidad o delito que la corporación pueda cometer. Y lo mismo sucede con el comité ejecutivo. Estos quedan protegidos de las actividades ilegales realizadas por la empresa, a menos que pueda probarse que hayan sido los «autores

intelectuales» de los actos punibles. De ahí que los tribunales de justicia tiendan a sancionar y condenar a la «persona jurídica» que representa la corporación, y no tanto a los seres humanos que verdaderamente la hacen posible.¹⁴

Amparada por este marco burocrático, en algún momento de su historia la corporación se corrompió, dejando de lado su verdadera razón de ser. El «sistema capitalista» en el que nació comenzó a moldearla a su imagen y semejanza. Movidos por la codicia y la avaricia, los accionistas empezaron a exigir una rentabilidad cada vez mayor. Y hacerla crecer cada año. Solo así sus negocios podían expandirse más rápida e ilimitadamente. El «capital» se convirtió en el camino y la meta. Así fue como las corporaciones adoptaron una nueva religión: la de «maximizar el beneficio».

Toda esta sucesión de hechos históricos ha posibilitado que la corporación se haya convertido en la institución dominante de nuestro tiempo. No es de extrañar que de los 100 organismos financieros más ricos del planeta, más de la mitad sean corporaciones, la mayoría de las cuales son de Estados Unidos. En 2012, JP-Morgan, HSBC, General Electric o Exxon Mobil eran económicamente más poderosas que países como Sudáfrica, Noruega, Indonesia o Grecia.¹⁵ Y se estima que la cifra de negocio anual de las 200 multinacionales más grandes del mundo ya supone aproximadamente la cuarta parte de la producción mundial.¹⁶ Eso sí, al margen del impacto que tienen en la economía real, más del 40 % de los beneficios de las corporaciones estadounidenses proceden de la economía financiera.¹⁷ Es decir, de la especulación y de las acciones que cotizan en su casino privado: la Bolsa de Wall Street.

EL PODER DE LA CORPORATOCRACIA

En los últimos años se ha acuñado el término «Corporatocracia», que significa «el gobierno de las corporaciones», para designar el nombre de este imperio clandestino, compuesto por la élite política,

empresarial y financiera de la nación más poderosa del mundo: Estados Unidos. A lo largo del siglo XX, este país se ha afianzado como el principal proveedor de capital del resto de estados, naciones y economías del planeta. Principalmente porque la Secretaría del Tesoro del gobierno norteamericano colabora codo con codo con la Reserva Federal. Por medio del sistema de reserva fraccional, siguen fabricando e imprimiendo dinero de la nada; por supuesto, de forma legal. Así es como suministran el combustible que las corporaciones necesitan para seguir extendiendo la hegemonía de este imperio clandestino.¹⁸

Y entonces, ¿qué es y cómo funciona la Corporatocracia? Este imperio corporativo está liderado por un conglomerado de multinacionales de diferentes sectores. Son dueñas de los bancos y entidades financieras más grandes del mundo. También de los medios de comunicación con más influencia del planeta. Algunos de sus miembros más destacados son presidentes de grandes empresas, bancos centrales, partidos políticos y organismos como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio o la CIA, entre otros. Como cualquier otro emperador, la Corporatocracia no ha sido elegida. No sirve durante un periodo de tiempo limitado. Y, desde la sombra, dicta gran parte de las políticas económicas, monetarias y comerciales marcadas por los distintos estados. Este grupo de banqueros, políticos y hombres de negocios trabaja conjuntamente por la consecución de un único objetivo: maximizar los beneficios de las corporaciones a las que representan.¹⁹

Mediante presiones, contribuciones públicas y sofisticadas campañas de comunicación y de relaciones públicas, la Corporatocracia ostenta a día de hoy más influencia que el sistema político que supuestamente la controla y gobierna. Hace tiempo que los políticos se han convertido en marionetas en manos del poder financiero que mueve los hilos. Su cometido no es cambiar el funcionamiento del sistema, sino mantener y preservar el orden social establecido, más conocido como «statu quo». No en vano, los políticos están en

deuda con las corporaciones, esencialmente porque a menudo financian las campañas electorales de sus partidos.

DEL NEW DEAL AL NEOLIBERALISMO

Para la Corporatocracia, adulterar procesos electorales es un gasto más del negocio, una inversión destinada a generar un clima político que favorezca la expansión de su dominio, control e influencia sobre la sociedad. Para evitarlo, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, creó en 1933 el denominado «New Deal». Es decir, un Nuevo Pacto. Y este consistía en un conjunto de leyes reguladoras de una envergadura y alcance sin precedentes, cuyo principal objetivo era fortalecer el control gubernamental sobre los bancos y las grandes corporaciones. Roosevelt quería que la mano invisible del mercado fuera reemplazada por «la muy visible y benevolente mano del Gobierno».²⁰

Sin embargo, este «proteccionismo gubernamental» no duró demasiado. Finalizó en 1948, al firmarse el acuerdo general sobre aranceles aduaneros y comercio, el «GATT». Su propósito era estimular, liberalizar y expandir el comercio internacional, derribando las fronteras entre países. Y lo cierto es que lo ha conseguido. Prueba de ello es la denominada «globalización económica», que permite el libre movimiento internacional de personas, capital, trabajo, tecnologías, comercio e información.

A esta corriente de pensamiento política y económica se la denomina «neoliberalismo». Y se vincula con las teorías de Adam Smith. Tanto es así, que muchos lo consideran el «padre de la economía liberal». Entre otras cuestiones, el neoliberalismo propugna la reducción de la intervención gubernamental al mínimo. Es más, considera que el objetivo del Estado debe ser la promoción del crecimiento económico del país, defendiendo el «libre mercado capitalista» como la mejor manera de conseguirlo. Así, las grandes corporaciones operan cada vez con más libertad, sin que los

gobiernos puedan interferir excesivamente. En 1995, el GATT mutó hasta convertirse en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Desde entonces, este organismo actúa casi como un gobierno global, sirviendo a los intereses de las grandes multinacionales. Con más de 150 miembros, la OMC controla más del 90 % del comercio global, imponiendo sanciones a aquellos países que incumplen sus leyes.

A través de organismos como la OMC, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, la Corporatocracia ha terminado por fagocitar a casi todas las naciones del mundo, creando una jerarquía económica global. Paradójicamente, sin el Estado la corporación no es nada. Eso sí, su poder frente a las grandes multinacionales ha sido redistribuido, quedando más estrechamente vinculado a sus necesidades e intereses, y no tanto a las necesidades e intereses de los ciudadanos. Al estar en deuda con la Corporatocracia, el Estado regula a las corporaciones en la medida en que estas se dejan regular. Es una relación simbiótica: ambos salen ganando. Los que perdemos somos todos los demás.²¹

Empleando dólares en lugar de balas, las grandes corporaciones se han liberado de las ataduras del control democrático.

JOEL BAKAN

4. Totalitarismo económico

El dinero no es republicano ni demócrata. Tampoco de derechas o de izquierdas. El dinero es dinero. De ahí que a la Corporatocracia, la ideología política le traiga sin cuidado. Simplemente procura que quien tome las decisiones oficiales sea un miembro más de su exclusivo clan. Este es uno de los propósitos de las conocidas reuniones anuales del Club Bilderberg, a las que asisten —por invitación expresa— las 130 personas más influyentes del mundo.²²

Sin ir más lejos, al gobierno presidido desde 2009 por Barack Obama se le llama «el gobierno de Goldman Sachs».²³ Y no es para menos. Este grupo de banca de inversión fue uno de los principales donantes de la espectacular campaña de marketing que permitió que Obama —con su «*Yes we can!*»— se convirtiera en el primer presidente afroamericano de la historia de Estados Unidos. La mano derecha de Obama en el gobierno durante sus dos legislaturas es el Secretario del Tesoro, Timothy Geithner. Es decir, el encargado de administrar las finanzas económicas del Estado. Antes de ocupar este cargo público, Geithner había sido el presidente de la Reserva Federal y directivo de Goldman Sachs. Y no es la primera vez que se produce esta sinergia entre la Casa Blanca y Wall Street. Otros altos ejecutivos de Goldman Sachs, como Robert Rubin, Lawrence Summers y Henry Paulson también lideraron la Secretaría del Tesoro de los Estados Unidos, independientemente de si gobernaban los demócratas o los republicanos.²⁴

Como principal miembro de la Corporatocracia, Goldman Sachs tuvo un papel protagonista en el desplome financiero iniciado a finales de 2008 con la quiebra del gigante Lehman Brothers. Sin embargo, mientras millones de familias se quedaron con todos sus miembros productivos en el paro, ese mismo año los bancos de Estados Unidos —encabezados por Goldman Sachs— recibieron del Estado un rescate de 700.000 millones de dólares, según la versión oficial.²⁵ Y tal y como dictamina la ley, una parte de este dinero se empleó para bonificar a sus equipos directivos y pagar a sus accionistas. En 2010, en plena debacle financiera mundial, los altos directivos de Goldman Sachs se repartieron 111 millones de dólares en dividendos.²⁶

UN MUNDO SIN IDEOLOGÍAS

Lo queramos o no ver, ya no vivimos en un mundo de naciones e ideologías. Lo único que existe es un sistema monetario internacional

regido por leyes y transacciones económicas y comerciales, que condicionan nuestra vida en este planeta. Las grandes corporaciones se han hecho con el control de la Tierra.²⁷ Este imperialismo corporativo lleva décadas perfeccionando y consolidando su sistema de funcionamiento global. Entre otros nombres, se le denomina «totalitarismo económico». En términos generales, se define como «totalitarismo» a aquellos regímenes que coartan y restringen seriamente la libertad del pueblo, y donde el Estado ejerce un poder absoluto mucho más sofisticado que el de las monarquías o dictaduras de siglos anteriores.

Cabe insistir en que la Corporatocracia ha *comprado* al Estado. Es su dueña. Y como tal, determina nuestro actual estilo de vida, basado en trabajar para una empresa, pagar impuestos al gobierno y abonar los intereses de la deuda a la banca. Es cierto que el sistema capitalista es una máquina de generar crecimiento económico. Y también es verdad que ha posibilitado el espectacular desarrollo material y tecnológico acaecido durante el siglo xx en gran parte del mundo. Sin embargo, la Reserva Federal —en colaboración con su extensa red de bancos centrales y comerciales— mantiene a los ciudadanos en un estado de esclavitud económica por medio de la deuda, la inflación y el interés. Mientras tanto, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio tratan de propagar este estado de sumisión a escala mundial. Es el lado oscuro del imparable proceso de globalización económica.

Como reacción de protesta, surgieron a finales del siglo xx los «movimientos antiglobalizadores», más conocidos como «altermundismo». Se originaron durante el Foro Social «Otro mundo es posible», cuya primera edición fue en enero de 2001 en Porto Alegre, Brasil. Y desde entonces, este grupo de activistas se ha convertido en el portavoz mundial de todos aquellos que cuestionan el dogma neoliberal promovido por la Corporatocracia.

¿QUIÉN NOS PRESTA UN TRILLÓN DE DÓLARES?

1.000.000.000.000.000.000 \$. O lo que es lo mismo: un trillón de dólares. Por más absurda que nos pueda parecer, esta cifra corresponde a la deuda pública mundial acumulada en 2012.²⁸ Es decir, lo que deben todos los estados del planeta. Y eso que muchos gobiernos siguen sin corregir su déficit, gastando mucho más de lo que ganan. Y como no podía ser de otra manera, esta cifra aumenta año tras año en casi todos los países. Por eso la inflación es una constante en la economía.

A día de hoy ya nadie sabe cuánto es un trillón de dólares y mucho menos cómo vamos a saldar tamaña deuda... ¿Cómo hemos llegado a este callejón sin salida? ¿Quién va a pagarla? ¿Quiénes son los verdaderos responsables? Lo fácil es señalar al sistema financiero. Pero culpar a los banqueros por la crisis económica es como culpar a la comida basura de que exista la obesidad.²⁹ La incómoda verdad es que —como especie— hemos gastado más de lo que nos correspondía, y ahora nos toca pagar la factura. Todos los que hemos ahorrado dinero, hemos pedido algún crédito o nos hemos hipotecado somos corresponsables. Sin las entidades financieras, la crisis no se hubiera producido, pero tampoco el espectacular crecimiento económico y material cosechado en las últimas décadas.

Como consecuencia de sus escándalos, excesos, quiebras y rescates sonados, la fe ciega en este sistema financiero se ha desvanecido. Desde 2008 hasta 2012 los gobiernos utilizaron más de 4,6 billones de dólares para rescatar a la banca.³⁰ En España, el caso más reciente lo ha protagonizado la entidad financiera Bankia. Los 19 miembros del consejo de administración de esta corporación se repartieron 6,5 millones de euros durante 2011, en concepto de retribuciones por su trabajo al frente del banco.

Si bien el equipo de gestión declaraba haber ganado 309 millones de euros, los auditores que posteriormente revisaron dichas cuentas verificaron que la entidad arrastraba unas pérdidas de casi

3.000 millones de euros, que fueron subsanadas con dinero público.³¹ De forma legal, en este sector las ganancias se privatizan en forma de *bonus* y primas para los directivos y accionistas, mientras que las pérdidas provocadas en la economía real se socializan. Como contribuyentes, las pagamos por medio de los impuestos, cada vez más elevados.³²

LA ESCLAVITUD ECONÓMICA MODERNA

El sistema de reserva fraccional de expansión monetaria perpetrado por la Fed es, en sí mismo, un sistema de esclavitud económica moderna. No en vano, el endeudamiento es una sutil forma de control social. Nos vuelve mucho más dóciles y obedientes a la hora de seguir las directrices promovidas por el orden establecido. Al vivir endeudados, nos vemos en la necesidad de competir por empleos que nos permitan cubrir nuestros costes de vida y pagar los intereses al banco. No se trata de una conspiración, sino de un hecho: la gente más rica del mundo ostenta el control del sistema monetario del país con mayor poderío del planeta. Al fin y al cabo, todos estamos, de alguna manera u otra, en deuda con alguna entidad financiera. Y todas ellas están en deuda con los bancos centrales que las respaldan, los cuales, a su vez, están endeudados con la Fed.

Lo más doloroso y difícil de aceptar es que una parte de los deudores atrapados en este sistema siempre fracasará a la hora de devolver sus préstamos a sus acreedores. Sencillamente porque no hay suficiente dinero. Esta situación se puede maquillar durante un tiempo a base de pagar los intereses de créditos anteriores con nuevos préstamos. Sin embargo, tarde o temprano esta «burbuja crediticia» termina estallando.

Es como en el famoso juego de las sillas, en el que 20 personas bailan alrededor de 19 sillas. Y cuando la música se detiene, todos tienen que sentarse. Una de las personas se queda sin silla y es eliminada. Seguidamente se retira otra silla y se vuelve a poner la

música. Lo mismo está sucediendo en el escenario económico actual. Cada vez hay más individuos, familias y empresas que están declarándose en bancarrota. Y mientras la música siga sonando, el juego continúa. Hasta que no queden sillas.

Hay dos maneras de conquistar y esclavizar a una nación: una es con la espada, y la otra, con la deuda.

JOHN ADAMS